

Psicoanálisis y universidad: Tensiones conceptuales y subjetivas



JORGE EDUARDO CATELLI¹

Si alguna vez se fundara una escuela superior psicoanalítica –cosa que hoy puede sonar fantástica–, debería enseñarse en ella [...]: junto a la psicología de lo profundo, que siempre sería lo esencial, una introducción a la biología, conocimientos sobre la vida sexual [...], una familiarización con [...] la psiquiatría. Pero, por otro lado, la enseñanza analítica abarcaría disciplinas[...] [tales como]: historia de la cultura, mitología, psicología de la religión y ciencia de la literatura. Sin [...] [ellas], el analista quedaría inerte frente a gran parte de su material.

Freud, 1926, Pueden los legos ejercer el psicoanálisis

Quiero agradecer especialmente esta invitación a la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU), donde siempre es un enorme placer poder participar y ser recibido. Quiero agradecer en particular a Alicia Kachinovsky, con quien continuamos un largo diálogo que va conteniendo diversos intercambios, un diálogo iniciado en las rutas argentinas, respecto de este y otros temas, así como a Clara Uriarte, que tan generosamente me fue acompañando en la previa a esta jornada de hoy.

La hospitalidad, ser recibido, propiciar el intercambio, dar lugar a la extranjería que a veces se exagera en la vecindad, entre países, entre colegas, entre discursos, cierta tensión subjetiva entre el semejante y el prójimo, aquel *Nebenmensch* del que habló Freud tempranamente para referirse al otro como extraño, extraño en uno mismo, que nos habita como a Edipo, un saber que no se sabe (Catelli, 2020). Es el extranjero que se manifiesta en los otros discursos, en la pluralidad de teorías, filiaciones analíticas, en nuestro caso, adscripciones simbólicas que pueden operar de enriquecedoras fuentes de diversidad o de encerronas, tanto del sujeto como de la subjetividad.

1 Miembro titular en función didáctica de la Asociación Psicoanalítica Argentina. jorgecatelli@gmail.com

Freud se mostró sistemáticamente como fervoroso partidario de ubicar otros saberes en relación con el psicoanálisis.

Desde la lectura que propone Lacan de los cuatro discursos, el discurso universitario parece cumplir la función de perpetuar el discurso del amo. En él, es el saber el que se ubica en el lugar del agente, y es a partir de ahí que el circuito se moviliza. Me gustaría, sin embargo, poner en tensión estas primeras afirmaciones con algunas citas de ideas de Freud, como con la que comencé esta comunicación, que me resultan interesantes para avanzar con otras tensiones, entre psicoanálisis, discurso universitario y universidad.

El 25 de noviembre de 1928, en una carta a Oskar Pfister, Freud (Freud y Pfister, 1963/1980) desliza unas ideas particularmente significativas respecto de las perspectivas que avizora respecto del psicoanálisis:

No sé si ha adivinado usted la relación oculta entre *Análisis laico* y *El porvenir de una ilusión*. En el primero quiero proteger al análisis de los médicos, y en el otro de los sacerdotes. Quisiera entregarlo a un grupo profesional que no existe aún, al de pastores de almas «profanos», que no necesitan ser médicos y no deben ser sacerdotes. (p. 135)

Frente a su interlocutor, quien debemos recordar que se trata de un pastor,

Freud continúa en la siguiente carta:

Reconozco que mi observación de que los psicoanalistas de mi fantasía del futuro no deben ser sacerdotes no suena muy tolerante. Pero considere que hablé de un futuro lejano. En la actualidad, me parecen bien también los médicos, ¿por qué no los sacerdotes? (p. 137)

Casi veinte años antes, con el pretexto del psicoanálisis ejercido por los legos, Freud propuso la creación de la Asociación Psicoanalítica Internacional, que sustrajo la formación de los analistas del ámbito de las facultades.

En 1918, con motivo del nombramiento de Sandor Ferenczi como Profesor en Psicoanálisis en la Universidad, Freud decía:

Es indudable que la incorporación del psicoanálisis a la enseñanza universitaria significaría una satisfacción moral para todo psicoanalista, pero no es menos evidente que éste puede, por su parte, prescindir de la universidad sin menoscabo alguno para su formación. (p. 169)

Y, un poco más adelante, que las asociaciones psicoanalíticas:

deben su existencia, precisamente, a la exclusión de que el psicoanálisis ha sido objeto por la Universidad. Es evidente, pues, que seguirán cumpliendo una fun-

ción útil mientras se mantenga esa exclusión. (p. 169)

Freud expresa con toda claridad que para un psicoanalista sería *una satisfacción moral* estar en la universidad, pero que el psicoanálisis, sin mencionar razones, fue «excluido» de la universidad.

Durante décadas parecía que se hubieran aceptado mansamente esta exclusión, sin advertir cuán discriminatoria era. Mirado en perspectiva, me parece particularmente llamativo que uno de los movimientos más relevantes del siglo XX no pudiera formar académicamente a sus miembros, a la par de cualquier otra disciplina científica reconocida. No hay duda de que también muchos analistas miraban y aún hoy siguen mirando con desdén la universidad.

La enseñanza del psicoanálisis en la universidad viene siendo polémica en varios aspectos. En primer lugar, es puesta en cuestión por diversos discursos, ya sea por el discurso de la psicología cognitiva o por el de la corriente socio histórica, o bien el discurso de género, entre otros, que se van turnando por épocas y hegemonías que, desde la perspectiva de cada uno, van cuestionando el psicoanálisis fundamentalmente con la coincidencia respecto de ser un discurso anacrónico o incluso es acusado de «erróneo» en los claustros universitarios.

En segundo lugar, los mismos colegas psicoanalistas también la ponen en cuestión, en nombre de la autonomía de

la formación analítica respecto de cualquier trayectoria universitaria, así como de la degradación del discurso analítico, que devendría de su pasaje por el discurso universitario. Se trata, creo, de una posición *antiuniversitaria* que considero que ni Freud ni Lacan sostuvieron.

En tercer lugar, es puesta en cuestión por los analistas que no solo nos avenimos a lidiar con los riesgos que implica la enseñanza en la universidad, sino que encontramos también en nuestra práctica enseñante ocasión de interrogar permanentemente los fundamentos de nuestra práctica analítica, de realizar investigaciones que pretenden aportar cierta luz en puntos de oscuridad de nuestro arte y ciencia, así como de encarnar de vez en cuando una enunciación que despierta algún deseo en alguno de aquellos sujetos divididos por el discurso universitario que se encuentra con nosotros en las aulas.

Es propio del contexto universitario que el saber ocupe un lugar dominante y, además, que el estudiante-investigador trabaje para tratar de llegar a la verdad, siempre escurridiza. Sin embargo, en la universidad, como en cualquier otro ámbito, se ponen en juego todos los discursos, depende del posicionamiento del agente.

Y me resulta interesante preguntarme y preguntarnos si el discurso universitario no hace sus apariciones como tal en las instituciones psicoanalíticas, en sus institutos o las llamadas escuelas de psicoaná-

lisis. Lacan (1969-1970/1995) consideraba que «el discurso del amo se muestra cada vez más de forma extremadamente desnuda» (p. 158), lo que evidentemente merece ser cuestionado cuando se establece en la universidad. Creo que es esperable que todos los integrantes de la comunidad universitaria fueran agentes activos en la producción del saber, así como lo esperable en el dispositivo analítico es el discurso del analista. Pero hay contextos en los que debe establecerse un discurso pertinente; de lo contrario, están fuera de lugar o no son oportunos. Así, por ejemplo, desde la concepción lacaniana, para que haya entrada en análisis, se requiere de la histerización, por lo tanto, lo pertinente en ese momento será el discurso histérico, al cual el analista responde siguiendo el esquema del discurso analítico. Análogamente, en el contexto de la universidad convendría que el saber ocupara el lugar dominante, siempre que lo entendamos como interrogación abierta. Uno de los motivos de las crisis universitarias es que no se sostenga el saber como agente, sino que se lo retrotraiga al discurso del amo, es decir que cuando enmascaradamente se presenta el discurso del amo en la universidad, el estudiante –en el lugar de resto– resulta explotado por el amo. Vale decir, que no depende de que el psicoanálisis se enseñe en la universidad que se active allí el llamado discurso universitario o que los institutos de psicoanálisis pue-

dan contar con una validación universitaria para desautorizar el valor analítico en su posicionamiento de interrogación al saber.

En la estructura del discurso universitario, la verdad desconocida, es que quien está sosteniendo esa tiranía del saber es el significante amo; en el saber universitario –a diferencia del discurso del amo, en el que el sujeto dividido ocupa el lugar de la verdad reprimida–, el sujeto es expulsado o producido casi como resto de la estructura universitaria. Entre el discurso del amo y el discurso universitario cambia quien ocupa el lugar del amo, pero no se cambia la esencia del discurso del amo. En el discurso universitario, es el saber el que manda, pero el amo, que está en el lugar de la verdad reprimida de este discurso, es quien determina el mandato. ¿Es esta condición excluyente de los claustros universitarios? ¿No resuena como en muchos sometimientos teóricos o filiaciones psicoanalíticas en las instituciones psicoanalíticas algo de este orden?

En el discurso del amo, el sujeto queda enmascarado porque la verdad no se dice; el sujeto queda en el lugar de lo que el discurso universitario produce, sujetos hablantes, presas de la trama del lenguaje, que solo advienen a la calidad de sujetos en los momentos en los que el discurso universitario tropieza y recoge sus tropiezos. Entonces, en el discurso universitario –que a esta altura ya lo tenemos más ubicado en tensión respecto de la universidad– no

hay sujeto, el sujeto de deseo está rechazado. En este sentido es consecuente con el discurso de la ciencia, que para constituirse ha necesitado borrar al sujeto de su campo. La ciencia hace una exclusión del sujeto para poder constituirse como ciencia de un objeto de conocimiento. Si por un lado reconocemos la especificidad del discurso universitario, por otro es necesario poder articular aquello que lo diferencia de otros discursos, y en este punto una de las aproximaciones que podemos hacer es que, heredado del discurso de la ciencia, hay en el discurso universitario una pretensión o una reivindicación de inocencia, es decir, que las causas de aquello de que se trata son exteriores, a partir de lo cual todo está determinado. Así, la búsqueda científica coincide con una búsqueda de inocencia, punto a cuestionarse cada vez que pretendemos reinstalar el sujeto en su sitio, ya que este produce efectos cada vez que interviene. Y esto cuenta también para el problema de la transmisión del saber. En cuanto a la transmisión, nunca es aséptica y absolutamente técnica, sino que está marcada por los trazos de los sujetos que intervienen en ella y la insistencia de su deseo inconsciente.

En este punto me parece fundamental distinguir la universidad del discurso universitario –cuestión señalada por muchos–, ya que en su conceptualización de dicho discurso, Lacan lo liga íntimamente –tanto en el seminario 17 (1969-1970/1995) como en *Psicoanálisis: Radiofonía*

Ø televisión (1970/1993)– con el discurso científico, proponiendo cierto diálogo entre el mismo y el discurso analítico, cuestión que atraviesa todos los últimos años de su enseñanza. Considero que no es de la universidad, sino del discurso universitario en tanto incluye la referencia a la ciencia, que puede producirse en otros lugares que la universidad, por ejemplo, en las mismas instituciones psicoanalíticas, en las que puede esperarse cierta renovación de la transmisión.

Es esta una apuesta posible como ejercicio que buscamos realizar de modo sostenido los analistas que transitamos la universidad, como posible lugar de encuentros, de disputas, de contradicciones, de consolidación y de revisión doctrinaria, de lógica, de saber y verdad, etc., pero, sobre todo, de cierto horizonte que no nos rigidice e impida el intercambio en el pensar con otros discursos e instituciones, y abra la posibilidad de ir al encuentro de los desafíos que, entre otros, nos plantea nuestro tiempo. ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Catelli, J. E. (2020). Complejo del prójimo-semejante. En C. Borensztein (coord.), *Diccionario de Psicoanálisis Argentino*. APA.
- Freud, S. (1985). ¿Debe enseñarse psicoanálisis en la universidad? En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 17, pp. 165-171). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1919 [1918]).

Freud, S. (1988). ¿Pueden los legos ejercer el análisis? En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 20). Amorrotu. (Trabajo original publicado en 1926).

Freud, S. y Pfister, O. (1980). *Briefe: 1909-1939*. S. Fischer. (Trabajo original publicado en 1963).

Lacan, J. (1993). *Psicoanálisis: Radiofonía & televisión*. Anagrama. (Trabajo original publicado en 1970).

Lacan, J. (1995). *El seminario de Jacques Lacan, libro 17: El reverso del psicoanálisis*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1969-1970).